

## ***La buena hora del síntoma***

Vigo, Seminario Escuela

Viernes 28 de octubre de 2011

La idea de este trabajo, que presenté en forma algo distinta en el coloquio de Cerisy en mayo<sup>1</sup>, viene de mi sorpresa e incomprensión frente a algunas observaciones de Lacan sobre la felicidad, sobre el ser o sentirse feliz. En francés, la felicidad, *bonheur*, es una palabra fácil de cortar en dos, *bon heur*, con lo cual se la transforma literalmente en *buena hora*, por no decir *en hora buena*. De ahí este título de hoy, más preciso tal vez, aunque menos expresivo, que el "*Enhorabuena, el síntoma*" en que había pensado en un primer momento.

La cuestión que voy a tratar, poco explícita en el título aunque presupuesta por el marco de este seminario, tiene que ver con el final del análisis y el pasar a ser analista, o sea, con el pase, aunque no me voy a referir al dispositivo. Lo que me interesa es el modo como pensamos el síntoma, como lo concebimos, porque ello determina en gran medida el modo como los analistas acogemos las variadas demandas que recibimos, y como luego orientamos cada cura.

Las referencias en que me voy a apoyar son observaciones de Lacan pertenecientes al periodo 1973-1975, patrimonio común de nuestro campo lacaniano.

Partiré de algo que Lacan dijo durante la conferencia pronunciada en la Universidad de Yale, en noviembre de 1975, algo bastante conocido

---

<sup>1</sup> "Le langage, l'inconscient, le réel", Cerisy-la-Salle, 18-22/05/2011.

y sencillo, que sin embargo ha dado lugar a dudas sobre por qué lo dijo. Traduzco literalmente: *"Solo puedo dar testimonio de lo que mi práctica me proporciona. Un análisis no ha de llevarse demasiado lejos. Cuando el analizante se piensa feliz de vivir, basta."* Lacan consideraba, pues, como suficiente, al cabo de cuarenta años de práctica psicoanalítica, que el analizante llegase, lograrse llegar a sentirse feliz de vivir. Creo que vale la pena subrayarlo. No creo que les haya dicho eso a los americanos por decir... Este creer sin duda es tal en la medida en que corresponde a mi experiencia de analizante. Lo que suele llamarse la vida fue para mí, durante un tiempo ahora remoto, una especie de valle de lágrimas y el análisis me permitió descubrir que era posible sentirse feliz de vivir. ¿Cómo no considerar que dicha experiencia tiene que ver (no digo que sea lo mismo, porque no lo es) con esa satisfacción que, según dice Lacan en el Prefacio a la edición inglesa del Seminario XI que hemos estado comentando en nuestra Escuela, marca el final del análisis? ¿Cómo no pensar que en dicha experiencia se funda el saber que es posible resolver el sufrimiento neurótico, saber indispensable a la hora de aceptar una demanda de análisis?

Ahora bien, poco tiempo antes de la mencionada conferencia, Lacan se había referido a la felicidad en términos más complejos. Pienso en la siguiente frase de *Televisión*: *"El sujeto siempre es feliz."* (*Le sujet est toujours heureux.*) ¿Cómo entenderlo, siendo así que la experiencia clínica parece confirmar cada día lo contrario, por la boca de cada uno de los analizantes que vienen a consultarnos por la precisa razón de no pensarse ni sentirse felices?

El contexto en que aparece la frase es la discusión sobre los afectos que ocupa el capítulo IV de *Televisión*. Lacan acaba de referirse a la

tristeza y a la virtud opuesta a este pecado, la gaya ciencia (*le gay savoir*) que define como un gozar del desciframiento. Dice entonces que "*el sujeto siempre es feliz*" (*heureux*) e incluso que ésa es su definición, ya que "*no le debe nada sino a la hora*" (*l'heur*), es decir, a la fortuna; *tout heur lui est bon*, "*toda hora le es buena*". Precisa luego, un poco más adelante, que "*su dependencia de la estructura*" es lo que "*reduce*" al sujeto a ser feliz.

Queda claro con esto que hemos de distinguir afecto y estructura, hemos de tener en cuenta la diferencia entre lo que el analizante piensa, siente, vive, y lo que ha sido puesto en evidencia gracias a lo elaborado por Lacan a partir de la experiencia analítica. Me refiero en particular a la distinción entre el orden de lo necesario y el de lo contingente, puesto que la hora, buena o mala, es de ese orden; la hora, la suerte o fortuna, es lo contingente.

De tal manera, caemos en cuenta de que el afirmar que "toda hora le es buena", supone poner de relieve algo que el sujeto ignora, algo que seguramente no quiera saber... Pero es justamente lo que el neurótico ha de saber, porque es ésa y no otra la clave que permite salir del atolladero.

En efecto, lo contingente, el orden de lo que "*cesa de no escribirse*"<sup>2</sup>, de lo que adviene por fortuna, debido al azar, a un encuentro fasto o nefasto, se halla en el principio del síntoma, al igual que en el principio de cada análisis. Y cabe decir lo mismo de su término, ya que lo que adviene como efecto del análisis también es algo que "cesa de no escribirse". Lacan lo decía cuando se refería al psicoanálisis definiéndolo como "la búsqueda de esa buena suerte que no es forzosa ni necesariamente lo que

---

<sup>2</sup> V. las cuatro categorías modales distribuidas por Lacan en el *Seminario Aún*, cap.V (a partir del *ne cesse de nécessaire*).

se llama una enhorabuena, (*bonheur*) comprimiéndolo en una sola palabra.<sup>3</sup>"

El análisis permite poner al desnudo la estructura, poner al descubierto la estructura del fantasma, la del discurso... Conduce al analizante a des-cubrir, de-velar lo contingente allí donde la insistencia del síntoma no deja ver sino el carácter necesario de lo que se repite, lo que *no cesa de escribirse*. A pesar de la insistencia y la fijación que lo caracterizan, el síntoma obedece primero a la contingencia. ¿Por qué? Porque responde, en primer lugar, a lo que podemos llamar un azar biográfico, un modo particular de encuentro con lo sexual,<sup>4</sup> y en segundo lugar, a la respuesta dada por el sujeto. Hay un grado de "contingencia irreductible"<sup>5</sup> que limita tanto el peso determinante del discurso del Otro como la indudable influencia de *lalengua* materna. Lacan lo subrayaba en otra de sus conferencias de 1975, la pronunciada en Ginebra, sobre el síntoma, precisamente: para cada sujeto en particular, tanto el modo como *lalengua* le fue hablada en su tierna infancia, como también el modo como fue escuchada, recibida por él, "surgirá luego en los sueños, en todo tipo de tropiezos y modos de decir."<sup>6</sup>

No creo que sea necesario insistir en la importancia capital que tiene el tomar en cuenta esta respuesta del sujeto si se quiere evitar la confusión entre el determinismo del inconsciente y la ausencia de todo margen de libertad, margen sin el cual la experiencia analítica carecería de sentido. (Pienso aquí en un ejemplo clínico. Alguien que lleva muchos,

---

<sup>3</sup> V. su respuesta a André Albert el 15 de junio de 1975, *Lettres de l'EFPP*, n°24.

<sup>4</sup> Es decir, con el goce ya presente en lo que Freud describió como una experiencia primordial de satisfacción,

<sup>5</sup> Expresión debida a Colette Soler, v. *Lacan, l'inconscient réinventé*, pp 34-36.

<sup>6</sup> Conférence à Genève sur le symptôme, 4 octobre 1975; publiée dans la revue *Le Bloc-Notes de la psychanalyse*, n°5.

muchos años en el diván del analizante, y me ha hablado a todo lo largo de lo padecido desde la infancia a causa de un hermano mayor, bastante enfermo, que se ha pasado la vida vengándose de haber dejado de ser el único desde el día en que él nació, me dijo hace poco que en fin de cuentas su hermano le había servido para descargarse de la pregunta sobre su propia relación con el mal. El efecto de este súbito descubrimiento, inmediato y para él sorprendente, fue un gran alivio. El entrever que puede asumir la responsabilidad de su propia posición le abre ahora ese margen de libertad, lo libera del peso abrumador de pensarse siempre sometido al Otro. Al mismo tiempo, dice que se siente algo perdido, si ese hermano vil que constituía su punto de referencia deja de serlo..., ¿qué hay? El sentimiento de pérdida, de extravío, corresponde claramente a un momento en que, como decía Lacan, vacila el fantasma, el sujeto pierde la garantía (*l'assurance*) que le otorgaba el fantasma; su realidad fantasmática ha perdido consistencia a la vez que su sufrir la maldad del hermano deja de ser inevitable. Podemos decir que ha cesado de escribirse, pasa a ser no ya del orden de lo necesario sino de lo que fue posible.)

Volvamos ahora a la contingencia. El reconocimiento del carácter contingente del síntoma pasa por el de lo imposible con que el sujeto se topa durante la cura. Es una consecuencia, un resultado de la metamorfosis del sujeto, según el nombre que le daba Lacan en la "Proposición" de 1967. Esta metamorfosis, habida cuenta de los desarrollos ulteriores sobre el síntoma, cabe describirla como una transformación de éste. Para citar una vez más las sencillas palabras de Lacan en la Universidad de Yale, *"lo que se llama un síntoma neurótico es simplemente algo que (a los neuróticos) les permite vivir. Viven una vida*

*difficile e intentamos aliviar su incomodidad (leur inconfort).*" El reconocer la contingencia da cuenta de este alivio, alivio que a su vez presupone la transformación del síntoma...

El hecho que el síntoma de que el sujeto sufre y quisiera librarse le permita vivir, aunque sea incómodamente, que ese síntoma sea una forma de suplencia, es algo que el analizante no sabe. Y que el analista tiene que saber. Tiene que saberlo porque de ello depende la idea que tendrá del fin del análisis, en ambos sentidos de la palabra, dado que no es posible plantearse la resolución del síntoma sin preguntarse qué significa esta resolución. ¿Se trata acaso de obtener una disolución del síntoma? ¿O la solución del conflicto que encierra? ¿O una revisión de la decisión que implica? El analista tiene que saberlo y no puede fundar este saber sino en la experiencia del propio análisis; es en esta experiencia primera donde tal saber se arraiga para elaborarse y desarrollarse luego, *après-coup*.

Recordemos aquí una tercera observación de Lacan a propósito del sujeto feliz en un texto escrito en octubre de 1973<sup>7</sup>: "*Los seres hablantes son felices (...). ¿No podría eso, gracias al discurso analítico, volverse un poco más?*" Aquí pregunto yo: ¿"un poco más"? ¿Acaso no es suficiente, entonces, no basta ese ser feliz, ese enhorabuena?

¿Por qué, después de haber escrito que gracias al discurso analítico podría obtenerse un poco más, dice Lacan en la conferencia de Yale que no ha de llevarse demasiado lejos el análisis, que cuando el analizante se piensa feliz, basta? ¿Por qué si no para marcar y subrayar una diferencia? Una diferencia entre el discurso analítico y los otros discursos, entre el analizado (quien fue analizante), y el analista, una diferencia relativa a

---

<sup>7</sup> La "Introducción a la edición alemana de los *Escritos*".

ese decir de Freud que él, Lacan, "enuncia de manera cruda" cuando sostiene que no hay relación entre los sexos para los seres hablantes.

Lo importante aquí, lo que nos importa, es el final del análisis y lo que le sigue, su *après-coup*, lo que se espera de él en términos de "saber enunciado". (Cito la expresión de Lacan al final del seminario *Aún*, donde habla de *lalengua* como un límite del saber enunciado. La definición rigurosa del ics es, en efecto, la de un saber no enunciado.)

Ese *un poco más*, entonces, no se refiere al análisis, no se dirige al analizante, se refiere y dirige al analista. Podemos ya leer en él, en ese "un poco más", lo que Lacan va a formular en la "Nota a los italianos": el análisis es condición necesaria, pero no suficiente; "no todo ser que habla puede hacer (convertirse en) un analista" (*pas tout être à parler ne saurait faire un analyste*).

Intentamos aliviar la incomodidad debida al síntoma. Tal es, de acuerdo con la citada conferencia del 75, el sentido de la intervención analítica. De manera análoga, Lacan decía en el *Seminario XI* que "lo único que justifica nuestra intervención" es que "los pacientes" se dan mucho trabajo, la pasan muy mal, por una satisfacción muy relativa; satisfacen la ley del placer por la vía del displacer<sup>8</sup>. Nada nuevo, pues, en esta nueva formulación de una perspectiva al parecer puramente terapéutica, freudiana, y más bien modesta ... (Aunque no es seguro que quepa calificarla de terapéutica solamente puesto que supone la adquisición de un saber, supone un ir más allá del "no querer saber" propio de la represión.) Nada nuevo... aparentemente, porque de hecho, a finales del 75, el formular dicha perspectiva presupone lo que, entretanto, Lacan ha elaborado sobre el síntoma. Dicho de otro modo, aliviar la incomodidad

---

<sup>8</sup> V. capítulo XIII, pp 151-153 de la edición francesa.

que el síntoma del neurótico mantiene y alimenta no se da, no ocurre sin la transformación a que aludí anteriormente.

Esta transformación del síntoma podemos entenderla en dos sentidos. Como lo que opera el análisis, lo que adviene por medio del análisis, y a la vez, en el sentido de la re-definición del síntoma que Lacan lleva a cabo en sus últimos seminarios.

Al igual que Freud, Lacan insistió en la relación del síntoma con la verdad. Al final de los 60, comparaba "*el fruto de un análisis terminado*" a "*una verdad*" de la que el sujeto ya no puede curarse. El sujeto *es* esa verdad *incurable*. El síntoma, entonces, ha dejado de ser algo más o menos incómodo que el sujeto *tiene*, a expensas y a pesar suyos, puesto que comprende una verdad que *es*, quiéralo o no, una verdad incurable.

Esta especificidad del síntoma, su ser propio de cada cual y cada uno, la reafirma Lacan al subrayar que solo el discurso analítico la reconoce y la hace existir. (En esto reside la diferencia fundamental que separa al psicoanálisis de toda otra práctica terapéutica, diferencia que depende no del analizante, sino de la ética y especificidad del discurso analítico.) Pienso de nuevo en la "Introd. a la edic. alem.", donde Lacan escribe que existen tipos de síntomas, distintos tipos, es decir que existe una clínica, pero es anterior al discurso analítico. Lo cual significa que esa clínica obedece a otra ética. ("*La ética depende del discurso*", TV.) La experiencia analítica, nos dice Lacan, le da, le revela a cada analizante "el sentido de sus (propios) síntomas". De ahí el que luego afirme que "esas experiencias no se pueden acumular". Lo cual quiere decir que al analista le toca, cada vez, "volver a abrir el tonel", el tonel del sentido (que habrá que cerrar de algún modo al final). "No hay análisis sino de lo particular",



de los sentidos particulares. Lacan dirá en el seminario del 74, *Les non-dupes errent*, que hay que "abundar en el sentido"... para lograr salir de la verdad. No de la verdad incurable, por supuesto, sino de la verdad de la queja, de la verdad del sufrimiento con que tenemos que habérsela en un análisis. No se pueden evitar los rodeos, los vericuetos, los desvíos y recovecos de la verdad, del sentido.

El adentrarse en lo particular, este campo propio de cada análisis, no basta sin embargo para encontrar la salida. De ahí, a mi entender, el recurso a lo singular en los últimos seminarios de Lacan. Lo singular es esa diferencia absoluta que el final del *Seminario XI* colocaba como punto de mira del deseo del analista.

A este respecto, el comentario de Lacan en respuesta a la ponencia de André Albert sobre "La regla fundamental y el principio del placer" me ha resultado esclarecedor. Esclarecedor en cuanto a la función que ejerce la regla fundamental, es una doble función, oponerse al principio del placer y alcanzar lo singular.

*"El principio del placer consiste en no tener nada particular"*, observa entonces Lacan. *No tener nada particular es "algo a que mucha gente se apega"*, mucha gente se apega a la norma, a lo normal (que es norma masculina, *norme mâle*). Es lo que está en juego en muchas entradas en análisis (y constituye la razón de ser de las entrevistas preliminares): pasado el momento crítico provocado por una irrupción de angustia que motiva la demanda inicial, ¿estará dispuesto el sujeto a renunciar a su indefectible aspiración a la normalidad?

El analista invita al sujeto a hablar de sí, de su particularidad, a costa de cierto displacer, porque "vale la pena". Cita entonces Lacan a André Albert: *"vale la pena andar por toda una serie de particulares (o*

*particularidades) para que no sea omitido algo singular."* "Lo único que vale es no lo particular, sino lo singular." Así pues, volvemos a abrir cada vez el tonel del sentido, intentando lograr "apretar, agarrar lo singular por la vía de lo particular", para no omitirlo, no pasarlo por alto.

Observemos que Lacan identifica en ese momento el síntoma a la particularidad, precisando que "*es lo que hace de cada uno de nosotros un signo distinto de la relación que tenemos con lo real, en tanto hablanteseres (parlêtres).*" No parece considerar que estos "*signos distintos de la relación con lo real*", con la imposible relación entre los sexos, merezcan llamarse singulares. La singularidad, dice, es un destino (*une destinée*). Pero, ¿cómo separar la una del otro, como separar la relación con lo real que es la ausencia de relación sexual, del destino, del sino?

Esta referencia al destino me ha hecho recordar aquella otra que encontramos en "La dirección de la cura", en el capítulo sobre la interpretación, cuando Lacan hace un elogio de Freud, comparándolo a Tiresias, porque supo leer las líneas del destino del Hombre de las ratas. Había en ello una forma de amor. Mejor dicho, había allí una auténtica respuesta por parte de Freud a esa "nueva forma" de amor que es la transferencia, un amor que "se da un 'partenaire' que puede responder" (*se donne un partenaire qui a chance de répondre*<sup>9</sup>). Es más, ¿no es eso lo que Lacan nos dice del amor en el seminario *Aún?* No es eso lo que dice al indicar que el principio del amor es ese "signo" del sujeto que "puede provocar el deseo", a lo cual responde lo siguiente: "En el amor se apunta al sujeto, (...), en cuanto se le supone a una frase articulada, a algo que se

---

<sup>9</sup> "Introd. a la ed. alem. de los *Escritos*"

ordena, o puede ordenarse con toda una vida.<sup>10</sup>? ¿No es eso la singularidad de un destino?

En su libro *Lacan, l'inconscient réinventé*, volviendo al último capítulo del seminario *Aún*, dice Colette Soler que *el amor es un "oscuro reconcomiendo de la manera como el otro se halla afectado por el destino que le hace el inconsciente"*. El amor revela así los efectos de *lalengua*, que constituye "el principio último de la singularidad", singularidad que "no obedece ni al ideal, ni al fantasma<sup>11</sup>".

Imagino o supongo que tal vez pudiese leerse el destino del sujeto si pudiese leerse el saber que encierra *lalengua*. En todo caso, hay algo de ello a lo que es posible acercarse en el análisis, es posible no omitir ese principio de la singularidad que es *lalengua*. *Es posible e implica una nueva tarea para la intervención analítica que consiste no en "revelar el sentido" sino en, cito a CS, "acercarse al valor específico que el sujeto le da a las palabras"*. Este valor específico es el otorgado por el goce oscuro del síntoma, el goce que Lacan llama "opaco, por excluir el sentido", pero cuya presencia se manifiesta en ciertos afectos y palabras de *lalengua*.

En esta referencia a un goce fuera de sentido hallamos la clave de la transformación del síntoma que el análisis lleva a cabo, porque el análisis encuentra ahí su límite, en ese goce que no pasa al sentido pero ha logrado aislarse, circunscribirse. En un párrafo conocido del seminario *Le sinthome* (el *sinthoma* con 'h') Lacan juega con la ortografía francesa del goce, *jouissance*, convirtiéndolo en un "oigo sentido", *j'ouis-sens*, y explica que "hacer posible el goce" (recordemos que lo posible *cesa de escribirse*) "es lo mismo que oír un sentido<sup>12</sup>".

---

<sup>10</sup> V. final del capítulo IV.

<sup>11</sup> V. pp 181-183 de dicho libro.

<sup>12</sup> V. sesión del 13/01/1976.

Este sentido, que podemos calificar de fantasmático, corresponde a la parte analizable del síntoma, de la cual queda aislado el resto, opaco e irreductible.

Lo que queda del síntoma se impone como necesario. Lo que en un principio fue traumático y contingente deja huellas, deja una marca que *no cesa de escribirse*. Sin embargo, repito lo dicho antes y termino con esto, lo propio del discurso analítico es tomar en cuenta la respuesta del sujeto, respuesta contingente, que puede variar. La identificación al síntoma a que alude Lacan, identificación a ese síntoma terminal constituye *una* respuesta, es un modo de asentimiento.

Pero hay otras, cosa que conviene no olvidar cada vez que tratamos de pensar en los resultados del análisis.